

¿Quién mató a Palomino Molero? (1986)

De crímenes desérticos

Carlos Mejía Vergara

*A lo lejos, varios gatos maullaban y chillaban, frenéticos:
¿estarían peleándose o cachando?
Todo era confuso en el mundo, carajo.
—Lituma*

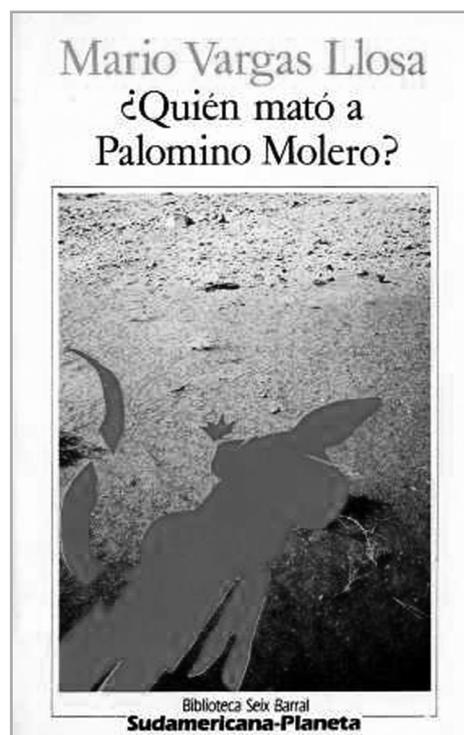
¿Qué clase de libro debe ofrecer un escritor consagrado? ¿La complejidad tiene que ir creciendo en cada publicación? ¿Es más importante gustarle a un lector casual o a un académico? Mario Vargas Llosa parece haber respondido cada una de estas preguntas a través de sus libros, con su valentía para arriesgar una reputación y su compromiso social con el Perú. Después de publicar su densa novela *La guerra del fin del mundo* y, luego, *Historia de Mayta*, empiezan a salir a flote sus inquietudes posmodernas, manifestadas en su interés por algunos subgéneros como las publicaciones folletinescas, la literatura erótica y, en este caso, la novela policial.

¿Quién mató a Palomino Molero? tiene un aroma a pólvora que se mezcla con facilidad con el humor regional que está presente en toda la obra que, sorprendentemente, es también de muy fácil lectura. De esta novela nadie elogió su arquitectura, su estética compleja, ni se citaron diálogos memorables que ya son trillados (te hablo a ti, Zavalita), pues su trascendencia residió, y sigue permaneciendo, dentro de otros terrenos.

He escuchado y leído varias veces que *El nombre de la rosa* de Umberto Eco es una obra importante, pues puede ser leída de muchas maneras. No solo era lectura de intelectuales y gente involucrada en la literatura, pues, con película protagonizada por Sean Connery y todo, fue un *best seller* por su cautivadora historia de misterio que podía gustarle a cualquier ama de casa que la comprara en un supermercado. Lo que se dice de esta novela me recuerda lo que sentí mientras leía *¿Quién mató a Palomino Molero?*, ya que dependien-

do de qué tan concentrado estaba, veía un vigente retrato a escala sobre las desigualdades del Perú; y otras veces, tan solo me reía de la inocencia y peculiaridad de Lituma. Este, siendo el personaje principal y narrador, es también una persona común, que se hace las mismas preguntas que se haría un cabo como él en la vida real, mal pagado y con poca autoridad en la investigación del crimen que intenta esclarecer.

Palomino Molero era un joven miembro de la Fuerza Aérea del Perú (FAP) que fue encontrado muerto por el cabo Lituma en las afueras de Piura; este lo contempla horrorizado mientras las moscas hacen ronda sobre el cadáver. Al mando del teniente Silva, interrumpido de sus labores solo cuando se trate de la



gordita de la fonda, buscan resolver un caso que se torna cada vez más extraño, no solo por el cariño que parecen guardarle todos los que conocieron al aviador y bolerista amateur, sino porque está involucrada una alta esfera regional de la FAP. Alicia Mindreau, hija de uno de estos peces gordos, termina enamorándose de él, después de que Palomino lo dejara todo por ella, sumergiéndose en un romance de telenovela, con la medida suficiente de ciertos ingredientes como para afirmarlo: un novio celoso, diferencia de clases y un asesinato. Para el desenlace, nadie en Piura, excepto nuestros Sherlock y Watson locales, estará completamente seguro de qué es lo que en realidad ocurrió y por qué el caso es tan nebuloso. De cualquier forma, ni Lituma ni el teniente Silva tendrán la credibilidad suficiente para desmentir todas las suposiciones del pueblo, haciendo trascendente la solución del misterio solo para los lectores.

Este último elemento denota la particular forma de afrontar el género que tiene Vargas Llosa, pues el misterio no desembocará en una resolución dramática que ate todos los cabos sueltos, sino nos dará a entender que la travesía de Lituma fue en vano. A diferencia de los callejones de Nueva York o Los Ángeles, que apuran e intimidan por su estrechez, el paisaje desértico de Piura le da espacio a la contemplación y a la chacota (como el deseo desmesurado del teniente Silva por hacer suya a la gordita). Es en este ritmo parsimonioso que Lituma va entendiendo lo que sucede con el caso, a diferencia del teniente Silva, que está más cercano a ser el Marlowe de Raymond Chandler, pues parece tener

toda la cancha del mundo para, si narrara la historia, hacer de esta novela un policial más convencional. Lo que el relato nos ofrece, en cambio, es un narrador cuyas interacciones y pensamientos se disfrutan, no solo por su divertida candidez, sino porque cada idea, comentario o actitud frente a la injusticia tiene marcada la opinión de un grueso de una población disconforme que él representa con fidelidad. Todo esto le termina dando un colorido particular a la historia, alejándola de ser un laberinto de sección amarilla y resultando un acercamiento lleno de personalidad de Vargas Llosa al subgénero policial.

¿Quién mató a Palomino Molero? no es una novela negra, está más cerca de ser tan naranja como el sol de Piura, pues su personalidad permite que no sea un relleno más de la sección policial de la librería, sino una historia para ser disfrutada por alguien que no haya tenido experiencias previas con el género, siendo algunos de sus méritos la vigencia de sus temas y la lucidez para representar fielmente, a través de sus personajes, sentimientos como la impotencia, la megalomanía o la sensación de desigualdad.

A lo largo de la obra, Lituma le pregunta al coronel Mindreau —mentalmente, como suele hacer, probablemente por miedo— “¿Por qué nos odias?” y continúa “¿Y por qué eres tan déspota, concha de tu madre?”. Hoy, veinticinco años después, la mayoría del pueblo peruano quisiera preguntarle lo mismo, con mentada de madre y todo, a cualquiera de los tantos poderosos que nos miran tan solo como parte de su ganado.